

# EL LAGO TITICACA

**Escribe: Hernán Amat Olazábal\***

**E**l lago Titicaca es un milagro de la naturaleza. Aproximadamente mide 250 km. de largo y 25 km. en su menor ancho, con una extensión de 8300 km. cuadrados. Su profundidad alcanza hasta 250 m. Sus islas son 36, tiene varias penínsulas y cabos, y un estrecho, el de Tiquina. Toda esta extensa masa de agua se halla a 3812 metros sobre el nivel del mar.

## **RODEADO DE NEVADOS MAJESTUOSOS**

Visto el paisaje del altiplano desde un avión o en una foto captada por satélite, se ofrece ante las retinas asombradas como un espectáculo de espléndida majestuosidad. Allá en el horizonte se recorta la nitidez de la atmósfera diamantina en un cielo impecable de tersa limpidez. Sobre esa geometría, llena de matices, se proyecta la alucinante caravana de los picachos andinos, que estremecidos de su propia grandeza alzan impávidos su hieratismo de 6000 metros de altura sobre el nivel del mar, mostrando orgullosos la blancura de sus aristas milenarias decoradas por penachos de nieve.

Dentro del cinturón de estos nevados gigantes, que tocados por la magia del crepúsculo se encienden por un resplandor de oro, se alza casi al centro, como suspendida en un trono la esmeralda fastuosa del lago Titicaca, de cuyas orillas parece emerger el pardo terciopelo del Altiplano, que forma una vasta llanura grávida de la uniforme monotonía de la línea recta, que a veces se interrumpe por suaves ondulaciones y otras veces se encarruja en audaces levantamientos. Esta sensación espectacular que produce la topografía del lago Titicaca se pone de manifiesto por encontrarse situado a 3812 metros sobre el nivel del mar; es decir, a una altura superior a la media del Altiplano que es de 3800 metros. Su extensión ofrece las dimensiones de un mar interior. Resulta ser el lago navegable más alto del mundo.

Este lago fue arbitrariamente dividido por intereses políticos en el siglo XIX, hoy comparten su propiedad Perú y Bolivia, y es el Mare nostrum de los

antiguos forjadores de las formaciones sociales de Pucara y Tiwanaku y en torno de él vivieron los tiempos heroicos de su mitología. Allí se agruparon los grandes núcleos de espiritualidad, y se refugió, para concentrarse como en un santuario. Toda el alma de la raza, en lo que tiene de legendaria. De genio creador, de noble ascendencia y en lo que representa como fuerza generadora que se proyecta con el impulso del pasado un futuro provisor de nuevos valores de grandeza.

Connotados geólogos buscan la paternidad del lago Titicaca en un viejo mar del mesozoico, y aseguran que en la era secundaria de la formación de la Tierra un ciclópeo cataclismo rompió la granítica quietud de los Andes permitiendo su perforación explicada por las leyes del desnivel físico, pero que nos place se hubiese realizado como en un impulso de liberación. Así el viejo mar desbaratado buscó salida al Atlántico, mientras quedaron aprisionados en los Andes, los lagos Titicaca, Poopó, Arapa, Aullagas y otros menores.

La leyenda áurea decora maravillosamente el paisaje del lago Titicaca. En él todo es evocador y sugestivo, es mito y es Historia, todo está ligado a la época mágica de los Tiwanaku, los Pucara, los Colla, Lupaza e Incas.; sus piedras, sus monumentos, sus islas, todo guarda palpitante las huellas de la vida de unos hombres geniales que supieron organizar un Estado imperial, y que en su portento civilizador explicaron el eterno interrogante de la creación del Universo y a la finalidad de la existencia.

Sobre las aguas cristalinas del lago mitológico, en una plenitud irisada de luz emergen los senos terrestres de la isla de Titicaca. La esencia vital, la virtud suprema y toda la síntesis de la mitología andina germina en la metafísica simbólica del mito del Titicaca. Titicaca representa, para los primigenios habitantes del lago, la suprema e infinita fuerza reguladora del Universo, mientras que la voluntad de acción está simbolizada en la mitología aymara de Wiracocha, autor y ordenador de todo lo creado y el artífice supremo de todas las cosas, de los hombres, de las naciones y de los pueblos, Wiracocha que había creado un mundo en torno del lago Titicaca, a fin de que no perdiera su perfección quiso vigilarlo. Desde la peña llamada Titicaca debía Wiracocha

multiplicar su vista, para no perder el poder de su sabiduría y de su autoridad sobre los hombres. Para cumplir este cometido, Wiracocha instaló su corte en la peña de Titicaca, y en el sitio más destacado elevó el trono de su poder y de su autoridad. La peña de Titicaca, que hoy la podemos admirar, ha sido el Olimpo de los Incas.

Instaurado el Estado Imperial de los Incas por Pachacutec, no se extinguió entre los aymaras la devoción fervorosa por el famoso oráculo y santuario de Titicaca, al punto que al reclamo de su prestigio milagroso sedujo a Túpac Inca Yupanqui, quien se trasladó en regia romería desde su sede cortesana del Cusco. El viaje del emperador Túpac Inca Yupanqui a la peña sagrada, fue uno de los acontecimientos más resonantes y que un momento de poderío y esplendor. Si vemos en la actualidad las escuadras que con motivo de fiestas o de luchas de vecindad organizan los indígenas aymaras, formados por decenas de balsas de totora, con sus velas al viento y movidas por tripulaciones de distintas comunidades que no descansan en el ritmo de rasgar el agua con sus ñokeñas (remos) logran un despliegue impresionante, imaginemos en el espectáculo que debió ofrecer el lago sagrado marcado en el lapislázuli de sus aguas por las balsas de la peregrinación realizada por Túpac Inca Yupanqui y su corte, recamada de ricas y finísimas telas de cumbi, que llevaban en sus matices toda la gama del arco iris, policromas y múltiples, compuestas del verde, el amarillo y el rojo explosivo en su alarde de vibración cromática.

La real voluntad de Túpac Inca Yupanqui dispuso el embellecimiento del santuario, consagrándolo no solamente como objeto de culto de los aymaras, sino como motivo de veneración de todo el imperio, pues se trataba de su pacarina o lugar de origen. Artífices y operario, dirigidos por tarpuntaes o sacerdotes del Sol, trabajaron incesantemente para dar cima a la grandiosa empresa, que fue realizada con la más espléndida ejecutoria artística y técnica. Se elevó el Templo del Sol, en el que cada piedra y cada muro llevaba el sello del fervor y del genio aymara y la palpitación de su espíritu. Se hizo en la construcción y ornamento del templo un verdadero derroche suntuario, semejante a los edificadas en la lejana Tumibamba, en Huanuco Pampa, en.

Pachacamac, en Ollantaytambo o Vilcashuamán. Al gran templo consagrado al Sol acompañaban los templos del Trueno y el Relámpago, tan magníficos y suntuosos como aquél.

Para el fomento del culto al Sol el Inca edificó el Acllahuasi, la casa destinada a las Escogidas, en la que ingresaban las hijas de los nobles que eran ofrecidas al Sol, formando éstas la legión de románticas y laboriosas “acllas”, que estaban dotadas de los encantos de la belleza física y del esplendor de la belleza moral. La fundación del Acllahuasi fue complementado con la construcción de un amplio recinto para niños nobles. No se detuvo ahí el tesón constructivo del Inca y mandó que levantaran un palacio para su residencia real. Luego engalanó la isla del Sol con tres portadas erigidas en la ruta de la peña sagrada, las que debieron lucir singular belleza. Bajo el resplandor del Sol brillaban estos arcos, tapizados de plumas como torrentes de luz, con los reflejos más variados del ámbar, de la esmeralda, del zafiro y de la nieve.

El Inca ofrecía a los súbditos un regalo de cuento de hadas, que embriagaba su imaginación de luz y de color. La peña sagrada objeto de la veneración, constantemente acariciada por las olas del lago que dejaban la huella del beso de sus encajes de plata, fue también convertida en una inmensa joya, tan luminosa y tan brillante como el mismo Sol, la cual no era para los indígenas sino una imagen abreviada de su divinidad suprema.

La peña de suaves aristas de granito y pizarra, ornamentada por los matices amarillentos y verdosos del musgo, fue recamada con láminas de oro y tapizada por los “kompis” milenarios producto de la metalurgia y la orfebrería incaica aprendida de los chimú. Este derroche de suntuosidad del Inca, toda esta fiesta de luz y de colores, de boato y profundidad religiosidad que se lo rodeó, atrajo miles de peregrinos de los más apartados confines del imperio.. Para estos peregrinos, el Inca hizo construir, con una clara percepción de la empresa que se acometió, posadas o tambos, donde los viajeros encontraban todas las comodidades en señal de reciprocidad.

Frente a la isla de Titicaca, hoy isla del Sol, se encuentra la isla de la Luna, hoy Coati. Según el mito que es un sistema de comunicación, Wiracocha no sólo es

el ordenador del mundo, sino también lo iluminó. Para darles luz, Wiracocha dotó al mundo del Sol y de la Luna, que, según el conjuro divino, debían ofrecer igual luminosidad, pero resultó que la Luna resplandecía con mayor intensidad que el Sol, y Wiracocha, mortificado por su equívoco, arrojó a la luz de la Luna un puñado de ceniza, empalideciéndola, para que sólo brinde la claridad opalina de su luz nocturnal.

Túpac Inca Yupanqui que había embellecido el santuario de Titicaca, también construyó los mismos edificios en la peña sagrada. Le llamó Coya-Huata, o sea esposa del Sol. En la actualidad aun pueden admirarse algunos importantes vestigios de esos edificios construidos en las islas del Sol y de la Luna, descritos por viajeros como Squier, y arqueólogos como Bandelier, quienes destacaron en su dibujos el símbolo milenario de la chacana, esculpida en arcos y paredes, y ya representada desde los lejanos tiempos de la iconografía de Chavín.

Hacia el suroeste, a pocos kilómetros del lago Titicaca se encuentra la enigmática ciudad y centro ceremonial de Tiwanaku, descrito por cronistas como Cieza de León, por viajeros como Squier, Wiener, Mitre y Middendorff, y estudiado por arqueólogos como Posnanski, Bennett, Ponce Sanginés y Colata. En enero 1 de 1848, Tiwanaku fue visitado por Bartolomé Mitre, quien apuntó en sus notas de viaje las siguientes palabras de admiración. “tenía a la vista los tres gigantes de los Andes, el Illimani, el Sorata y el Hayna-Potosí, cuyas crestas resplandecientes se perdían en las nubes. Se extendía a mis pies una llanura inmensa y árida y teníamos sobre nuestras cabezas el cielo más espléndido y transparente del universo. Casi en el centro de este llano andino yacen las famosas ruinas de Tiahuanaco, que por su antigüedad y sus misterios, así como por la originalidad de su arquitectura, ha sido llamada la Babel americana”

En una apretada síntesis mostraremos el portento de este complejo arquitectónico edificado por el genio creador de los hombres andinos que se adaptaron en esos ecosistemas agrestes. Tiwanaku, llamado Taypiqala por los Incas, es el conjunto de elevadas pirámides truncadas, cuya expresión relevante es el Akapana, que recorta en la limpidez de la atmósfera y su figura

señera domina el paisaje y los arqueólogos revelan que cumplía funciones destinada al culto sagrado; palacios suntuosos como el Qalzasaya, recintos como el Templo semisubterráneo, la Portada del Sol, sus estatuas colosales que forman parte de su iconografía fantástica, sus murallas ciclópea, sus amarres empleando el bronce, sus intrincados subterráneos, sus correctos bajorrelieves, sus columnas geométricas, sus acueductos en embrión y sus símbolos mudos, son otros tantos enigmas de una civilización extinta cuyos orígenes se pierden en la noche de los tiempos, y cuya remota memoria habían perdido millares de años antes del descubrimiento de América.

Tiwanaku recibió la reverencia y el silencioso recogimiento de los Incas. Cuentan las crónicas que Túpac Inca Yupanqui se prosternó al pie de los monolitos gigantes y exclamó que había llegado al lugar de sus orígenes y pensaba quedarse en Taypiqala. Real la fuerza emotiva y sugestionadora de sus edificios monumentales y el paisaje sobrecogedor de Tiwanaku, en el que el horizonte parece esfumado por el infinito.

Al otro extremo, al noreste del lago, se erige el complejo arquitectónico de Pucará, en las inmediaciones del pueblo del mismo nombre, a 3950 metros sobre el nivel del mar. Esta remota formación social cuya adaptación a medios ecológicos y geomorfológicos son análogas a la de Tiwanaku, tienen mayor antigüedad (500 a.C.) y acaso sea su predecesora, pues sus patrones arquitectónicos, la abundante producción de la escultura en piedra, como el famoso “Decapitador de Pucará”, su cerámica policroma y su rica iconografía de camélidos, aves y felinos así lo evidencian. Es impresionante la complejidad arquitectónica de sus templos, entre los que destacan: Qalzasaya, cuya planta casi cuadrangular mide 300 x 315 metros, el templo Blanco y Rojo, que forma un semicírculo, excavado por Alfred Kidder II, en 1938, y Pucaorqo, entre otros.

El lago Titicaca alberga en sus dilatados contornos multiplicidad de monumentos arqueológicos. Quién no se ha sentido subyugado por la belleza de las chullpas de Sillustani que se reflejan silentes en el misterioso y legendario lago Umayu?, Quién no desearía visitar las murallas concéntricas

que enmarcan las chullpas de Quequerana, en Moho, o las de Cutimbo, Kachakacha, en Acora y los fastuosos recintos de Incauyu, en Chucuito?. No hay duda que el lago Titicaca, es la sublimación de nuestro pasado, la sacarina de los Incas y el espejo y la esperanza de los pobladores del Altiplano.

*\*HERNÁN AMAT OLAZÁBAL, nació en Moho, Puno, es doctor en historia y arqueología, ex, Rector de la Universidad de Ancash "Santiago Antúnez de Mayolo, ex Vicerrector Académico de la Universidad Nacional Hermilio Valdizán de Huanuco, profesor de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Realizó investigaciones arqueológicas en Chapín de Huantar, Alto Marañón, Lambayeque, Ollantaytambo, Cusco, Costa Extremo Sur, etc. Asistió a numerosos congresos nacionales e internacionales, como a México, Estados Unidos, Japón, Moscú, Buenos Aires, Quito, entre otros. Actualmente es Director del Museo de Arqueología y Antropología del Centro Cultural de San Marcos.*